

Leandro PRADOS DE LA ESCOSURA

*El progreso económico de España (1850-2000)*

Madrid, Fundación BBVA, 2003, 762 pp.

Un día, en el lejano otoño de 1988, poco después de llegar a Florencia para comenzar mis trabajos de doctorado, encontré a Leandro Prados enfrascado en unas cuentas referidas a comparaciones internacionales de la renta nacional por habitante, y de inmediato me hizo ver las contradicciones existentes entre los datos entonces más utilizados. Esas contradicciones surgían de la comparación de las estimaciones directas sobre los niveles de renta *per capita* con indicadores de crecimiento del producto. Una de ellas apuntaba a la conclusión de que los datos sobre los niveles de renta de Portugal para la segunda mitad del siglo XIX debían ser revisados: Portugal tenía que estar por debajo de Escandinavia y, desde luego, de España e Italia. En cuanto a este último país, bastaba asomarse a la ventana para ver que esa hipótesis tenía todas las posibilidades de ser verdadera.

La revisión del nivel relativo de desarrollo de la economía portuguesa hacia 1860, es decir, a comienzos del período de más rápida industrialización, implicaba una nueva perspectiva de análisis para el trabajo que entonces yo comenzaba. Por fin, no tendría que explicar por qué el país no acompañó a las naciones ricas de la periferia del norte de Europa hasta 1914, sin contar las dificultades que tiene un país pobre para desarrollarse. Este episodio muestra hasta qué punto es fundamental para estudiar la historia económica de las naciones contar con datos cuantitativos, tan fiables como sea posible, sobre el producto nacional y la productividad de los factores.

Leandro Prados continuó desde entonces sus trabajos de cuidadosa revisión de la información cuantitativa disponible sobre la economía española, y sobre otras economías, siempre con la preocupación de confirmar la compatibilidad de la información proveniente de diversas fuentes y métodos.

Un aspecto en el que ese trabajo se reveló importante, por ejemplo, fue en el del control de los efectos que tienen en la agregación de los indicadores del producto sectorial las variaciones en los precios relativos, especialmente cuando se utilizan ponderadores fijos para períodos relativamente largos. El libro ahora publicado, *El progreso económico de España, 1850-2000*, culmina todo ese esfuerzo, también patente en otros muchos trabajos en libros y revistas internacionales.

Para lograr una discusión fundamentada sobre la historia económica de un determinado país es necesario tener una idea clara sobre el desarrollo del producto interior bruto, de la población y de la tasa de actividad, y de las principales transformaciones en la estructura de la producción y en la demanda agregada. Este libro de Leandro Prados proporciona esos elementos. Por otra parte, la discusión sobre la fiabilidad de la información cuantitativa implica un examen profundo de los resul-

tados, de modo que se verifique la coherencia interna de los datos y la plausibilidad de esos mismos resultados a la luz de lo que se sabe por otras vías sobre la evolución de las economías. También en este aspecto esta obra supone un paso sustancial en nuestro conocimiento.

El libro nos ofrece una rigurosa periodización de la evolución de la economía española entre 1850 y 2000. Para el autor, la economía española registró tres grandes momentos, marcados por alteraciones sustanciales en la tendencia del crecimiento a largo plazo, en concreto, de 1850 a 1950, de 1950 a 1974 y de 1974 a 2000. Según esta división en grandes fases, la Guerra Civil (1936-1939) no cambió las bases estructurales del crecimiento económico español, pero sí modificó el nivel de actividad económica. Esa alteración fue dramática, toda vez que el PIB *per capita* cayó un 30 por 100 en términos reales en los dos primeros años de la guerra, que fueron los peores (página 239). De la periodización así trazada, el autor concluye que no hubo cambios estructurales en el comportamiento de la economía española a lo largo del siglo terminado en 1950, una conclusión que nos debe llevar a reconsiderar la importancia de las sucesivas alteraciones de las políticas económicas a lo largo de ese tiempo.

En efecto, puede entonces afirmarse que el cambio hacia un régimen proteccionista a partir de la década de 1870 no afectó al crecimiento tendencial de la economía. El aumento del proteccionismo trajo aparejadas, evidentemente, alteraciones en la estructura económica, puesto que favoreció de forma desigual a diferentes sectores agrícolas e industriales. Pero el crecimiento tendencial siguió siendo el mismo, lo que significa que lo ganado por unos sectores se compensó con las pérdidas sufridas por otros. La interpretación de las consecuencias de la no adhesión al patrón oro en la década de 1880 —y también de las importantes perturbaciones que tuvieron lugar en esa década y en la siguiente, incluyendo la guerra de Cuba—, deberá ser igualmente revisada.

Lo mismo se debe deducir de los efectos sobre la economía española del fuerte aumento de las exportaciones industriales durante la I Guerra Mundial. Así, la conclusión según la cual no hay cambio de tendencia en el crecimiento hasta 1950, sugiere que las alteraciones de la política monetaria y de la política fiscal, y la independencia de Cuba, tuvieron un impacto reducido en la tendencia de crecimiento de la economía española. Esta conclusión se justifica si tomamos como base una cierta interpretación de los fundamentos del crecimiento económico, es decir, que éste depende sobre todo de la evolución de la inversión en capital físico y humano y de los avances tecnológicos que, por lo que parece, no se vieron afectados de modo significativo por cambios en la política aduanera, la monetaria o la colonial.

¿Por qué sufrió la economía española alteraciones en su tendencia de crecimiento en 1950 y, luego, en 1974? Esta pregunta resulta crucial para comprender la economía de este país y también la de otros países de la periferia europea. La razón principal de las transformaciones en la estructura del crecimiento económico

tendencial en España está relacionada con los cambios en el comportamiento de las economías más avanzadas de Europa. Es preciso advertir, además, que la alteración de la tendencia en 1950 no se debió sólo a cambios estructurales, sino también a la recuperación de los niveles de producción perdidos en la Guerra Civil, y sería quizás interesante comprender la importancia relativa de ambas fuerzas. ¿O acaso el esfuerzo de recuperación tras la guerra llevaba consigo elementos que potenciaban el mayor crecimiento de los años que siguen a 1950?

Por otra parte, se observa que, a pesar de haberse reducido el crecimiento económico a partir de 1974, se mantuvo una tendencia más rápida que la anterior a 1950, lo que indica que el período dorado del crecimiento español elevó el potencial de crecimiento tendencial de la economía. Este resultado coloca a España al mismo nivel que la mayoría de los países de Europa.

Para analizar las bases de las transformaciones a largo plazo en la tendencia del crecimiento económico español, el presente libro estudia los cambios habidos en el comportamiento demográfico y en la población activa, así como las modificaciones estructurales registradas en la producción y en el gasto agregado.

Es importante comprobar en qué medida los tres grandes períodos identificados en esta obra albergaron transformaciones en estas tres grandes áreas. Respecto a la evolución de los principales indicadores demográficos, Prados comprueba que hubo un ligero aumento de la tasa de actividad de la población entre 1950 y 1974, pero que, por lo demás, los cambios no fueron significativos. En cuanto a la evolución de la estructura de la demanda agregada, el aspecto más interesante a destacar se refiere al aumento de la contribución de la formación bruta de capital fijo al crecimiento económico en el período 1950-1974, que ascendió al 31 por 100. El autor también concluye que esa contribución fue de cerca del 20 por 100 en 1850-1950 y en 1974-2000 (página 189). Ese esfuerzo de inversión se hizo a costa del consumo público, cuyo porcentaje cayó en ese mismo lapso, mientras que el del consumo privado se mantuvo prácticamente inalterado en el transcurso de los tres largos ciclos analizados. Así, se concluye que la edad de oro del crecimiento económico en España estuvo marcada por un mayor esfuerzo inversor, lo que no tuvo repercusiones negativas en el consumo privado. Las razones de la disminución en la aportación del consumo público no han sido aún investigadas de una manera más profunda.

En lo que atañe a los cambios en la estructura de la oferta, lo principal es destacar el aumento de importancia del sector servicios a partir de 1974, acompañado por la disminución de la aportación del sector industrial (página 295). Finalmente, Prados concluye que la relevancia del cambio estructural fue disminuyendo a lo largo del período analizado. En 1850-1950, contribuyó en un 59 por 100 al crecimiento económico; en 1950-1974, con un 36 por 100, y en 1974-2000, con un 26 por 100 (página 226). Estos resultados hacen referencia al cambio entre los tres grandes sectores de la economía; el cambio estructural intrasectorial habría tenido un comportamiento

diferente. Por ejemplo, en los años 1950-1974, el peso de las industrias llamadas pesadas creció, y ello tuvo, seguramente, un impacto positivo en la productividad media del trabajo en la economía española. Ese efecto cambia de signo a partir de 1974.

Interesa todavía destacar que la economía española divergió de los niveles de renta y productividad medios de la Europa más avanzada entre 1850 y 1950 y que, desde entonces, los diferenciales han tendido a reducirse. Hubo una fuerte recuperación entre 1950 y 1974, y, aunque menos intensa, aún significativa con posterioridad a 1974, la cual se ha visto reforzada en los primeros años del nuevo milenio, no cubiertos ya por el libro. Así, la economía española logró responder positivamente a los estímulos de la profundización de la integración europea. Ocurrió de este modo desde la integración en la CEE, en 1986, y también a raíz de la adhesión a la Unión Económica y Monetaria y de sus sucesivos pasos entre el Tratado de Maastricht de 1992 y la creación de la moneda única en 2001. Este resultado sólo puede significar que España tiene hoy una economía con un elevado grado de madurez, lo que contrasta con lo sucedido en Portugal, cuya economía no respondió positivamente a la influencia de la integración europea durante la década de 1990.

Este voluminoso libro contiene cerca de 500 páginas de apéndice estadístico, con cuadros sobre los aspectos estudiados y también un excelente CD-ROM con la misma información, lo que permite su utilización para extraer simplemente datos o para abordar nuevas investigaciones.

**Pedro Lains**

*Instituto de Ciências Sociais, Universidade de Lisboa*

(Traducido por Eloy Fernández Clemente, Universidad de Zaragoza)